

RESEÑAS

Laing, R.D,

La Política de la Experiencia. Editorial Orijalbo Colección "Crítica" Traducción Castellana: Silvia Furió Segunda edición, Barcelona 1978. 165 PP.

"Estamos viviendo en una época cuyos principios cambian continuamente y cuyos cimientos se tambalean. Quizá siempre ha sido así, pero no puedo hablar de, otros tiempos y lugares. Lo que si sabemos es que actualmente está ocurriendo esto."

R.D. Laing.

Ronald D. Laing pertenece a la corriente denominada "antisiquiatría", otro de cuyos principales exponentes es su colega David Cooper. Sus planteamientos constituyen una crítica de la sociedad a través del cuestionamiento de las terapias psicoanalíticas tradicionales; lo que ponen en duda es en última instancia la concepción del hombre que fundamentan dichos "medios de curación" y por lo tanto los conceptos de "normalidad" y "anormalidad" que se manejan.

En La Política de la Experiencia el énfasis reside precisamente en la reivindicación de la propia experiencia como medio necesario y fundamental de conocer nuestra realidad y por lo mismo de relacionarnos con ella, con los otros seres humanos. Hemos sido alienados, dice Laing, nos encontramos ajenos a nuestro verdadero "yo", vivimos inmersos en pautas de relación patológicas en mayor o menor medida. Nuestro aprendizaje ha sufrido un proceso de "conformación" (adoptamos formas opresoras) que la mayoría acepta como "naturales", hecho que cierra el circuito. La gente vive constreñida en "estrategias de la normalidad" con un desconocimiento casi total de su mundo interior, del significado de su propia experiencia. En sus palabras. "Actualmente, en la sociedad de los hombres la verdad reside menos en lo que las cosas son que en lo que no son. Nuestras realidades sociales son enormemente feas si las miramos a la luz de la verdad desterrada, y la belleza ya casi es imposible, a no ser que se trate de una mentira". (pág. 9)

Así pues, si deseamos saber realmente qué somos y de qué somos capaces, es necesario partir del hecho de nuestra propia alineación, y Laing analiza en este libro algunas de las maneras en que ésta se hace presente.

En el primer capítulo, "Personas y Experiencia", habla de la experiencia como fuente de toda teoría, al tiempo que se detiene en el hecho de la inaccesibilidad de la experiencia de las otras personas; experimentamos su comportamiento, la manifestación externa de su particular experiencia (Laing considera que a ésta experiencia se le denominaba antiguamente "alma"). Al enfrentarnos a esta inaccesibilidad de la experiencia ajena, afrontamos al mismo tiempo que sólo la experiencia es evidente para cada uno de nosotros. Según Laing: "La psicología es el logos de la experiencia, es la estructura de la evidencia, y, en consecuencia, la ciencia de las ciencias." (pág. 16)

Las ciencias naturales, dice, carecen de conocimientos sobre la relación entre experiencia y comportamiento, dado que la primera no constituye un problema "objetivo"; a la fecha no se han desarrollado métodos para conocer dicha relación. Habla de diferentes modalidades de la experiencia; más que las oposiciones entre percepción (externa), e imaginación (interna), para él, percepción, fantasía, ensueños, imaginación, memoria, sueños, constituyen simplemente distintas formas de experiencia, ni más internas ni más externas. Sin embargo, "vivimos en dos mundos", el externo, cuyo conocimiento ha sido desarrollado más o menos ampliamente, y el interno, de cuyos datos poco podemos hablar. Para Laing: "El mundo interno será, pues, nuestro modo personal de experimentar nuestro propio cuerpo, los demás, el mundo animado e inanimado: la imaginación, los sueños, la fantasía y, detrás de todo eso, cualquier alcance de nuestra experiencia." (pág. 19)

Ahora bien, esta nuestra experiencia se encuentra de tal manera mistificada, alienada, que requerimos “desaprender” los modos, las conductas, etc., que nos han conducido a ello (alienación), a fin de poder volver a experimentar nuevamente este mundo en que vivimos con una actitud de sinceridad e interés. En general aceptamos un tipo de alienación “normal”, en todos aquellos que actúan como casi todos actuamos; las “formas alienadas” que sobresalen de este estado común son las que denominamos “patológicas”. Es decir: “La condición de estar alienado, dormido, inconsciente, de estar fuera de la propia mente, es la condición del hombre normal”. (pág. 25)

Todo lo anterior es alarmante dado que actuamos según vemos; nuestra conducta es una función de nuestra experiencia, si ésta última se encuentra desecha, mistificada, oprimida, nuestro comportamiento será de índole semejante. Los resultados de tal situación están a la vista: el peligro de una exterminación total, que la ciencia y la tecnología no serán capaces de impedir sin una apropiada actitud humana detrás de ellas.

Otro punto interesante tocado en este capítulo se refiere a la fantasía como una forma válida de experiencia. “En mayor, o menor extensión, las primeras maneras en que el mundo adquiere sentido para nosotros siguen apoyando toda nuestra experiencia y acciones posteriores. La primera forma que tenemos de experimentar el mundo es la que los psicoanalistas han llamado fantasía”. (pág. 27). Ahora, tradicionalmente se piensa que esta fantasía se convierte en un “inconsciente” sin desarrollo y aislado. Laing plantea que no necesariamente tiene que ser así: que el que así suceda constituye simplemente una forma de alienación más. Para él la fantasía, como una “forma especial de relacionarse con el mundo”, tiene su propia validez si la persona no se encuentra disociada de ella, pues básicamente es experimental y significativa.

Dado que el medio (contexto) aumenta, o disminuye nuestras posibilidades de experiencia, y dado que el medio actual es alienante -lo cual se manifiesta significativamente en las relaciones inter- personales- se deduce (se observa, más bien), que muchas de nuestras acciones personales son destructivas, de nuestra propia experiencia y de la de los otros. Los llamados “mecanismos de defensa” psicoanalíticos, por ejemplo, son simplemente formas en que una persona se aliena a sí misma sin saberlo (inconscientes), son acciones producto de su experiencia y se les denomina así “mecanismos”, debido a la disociación fundamental de dicha experiencia. La persona siente que los “padece”, se convierte en “paciente”, en víctima invadida por ellos. Sin embargo, son acciones sobre uno mismo y los demás, alejadas de nuestra conciencia, como ya dijimos, por la fragmentación inicial de nuestra experiencia.

En el capítulo segundo, “La Experiencia Psicoterapéutica”, Laing analiza postulados y métodos de la psicoterapia. “Los elementos irreductibles de la psicoterapia son un terapeuta, un paciente, y un lugar y un tiempo seguros y constantes. Pero, una vez se obtiene esto, no resulta tan fácil que dos personas se encuentren”. (pág. 42). Plantea entonces la necesidad de desarrollar una teoría crítica a partir de “...conceptos que nos indiquen la interacción y la interexperiencia de dos personas, y que nos ayuden a comprender la relación entre la experiencia de cada una de las personas y su propio comportamiento, dentro del contexto de la relación entre ambas”. Añade “...hemos de ser capaces de entender dicha relación dentro de los sistemas sociales contextuales apropiados.” (pág. 43)

Lo que se busca es a fin de cuentas una teoría capaz de proporcionar una visión total de la “estructura ontológica del ser humano”. “La psicoterapia (continuando con las citas debido a su claridad) debe seguir siendo un intento obstinado de dos personas para recuperar la totalidad del ser humano a través de la relación entre ellas.” (pág. 47). Así la psicoterapia es planteada como una indagación constante basada en la naturaleza del hombre -(¿cuál es, nos preguntamos en medio de una alienación tal?)-, indagación que incluye al propio terapeuta, si es consecuente.

“La Mistificación de la Experiencia” (capítulo tercero), gira en torno a la idea de que una vez destruida la propia experiencia y la de los demás, la alienación debe ocultarse a sí misma como tal. Esto constituye la mistificación de la experiencia. ¿Cómo sucede? En un principio, es decir, en los niños, su experiencia es violentada llamándole ‘amor’ a tal hecho. Pasando la adolescencia, o incluso antes, ya los hemos convertido en uno de “nosotros”. La violencia se viste de amor y así se justifica, se hace incluso deseable; la violencia-amor destruye nuestras primeras experiencias del mundo.

“Actuamos según nuestra experiencia a requerimiento de los, otros, del mismo modo que aprendemos a comportarnos con ellos, obedeciendo sus, órdenes. Se nos enseña lo que hay que experimentar y lo que no hay que experimentar, igual que se nos enseñan los movimientos que hay que hacer y los sonidos que hay que emitir.” (pág. 53). El espectro de experiencias permitidas se transmúten así desde la más temprana infancia, vía autoridad-temor. Laing compara este fenómeno con lo que sucede en las ciencias sociales; la supuesta objetividad del lenguaje teórico es falsa, la misma elección de un vocabulario y unas reglas combinatorias del mismo son, en su concepto, “actos políticos” que delimitan la manera en que los “hechos” deben experimentarse.

Así pues, hemos de adaptar, constreñir, la potencialidad de nuestra experiencia a los límites prefijados. La esquizofrenia, por ejemplo, es considerada como un fallido intento de adaptación. Partiendo de ello, Laing dice que en tal caso podemos hablar de ella como un “...feliz intento de no adaptarse a las realidades pseudo sociales.” (pág. 60). Y vemos que la adaptación de la mayoría de los seres humanos a la “normalidad social”, por desgracia, ha sucedido.

El capítulo siguiente, “Nosotros y Ellos”, se refiere a esta necesidad de lograr un “acuerdo”, de pensar y actuar conforme al “sentido común”, excluyendo por los medios que sean necesarios, cualquier tipo de experiencia distinta. Se aceptan reglas, las reglas de “Ellos” porque “cada uno es el otro para los otros”; ese extraño poder que “Ellos” poseen no reside en nadie en especial, “Ellos” son nuestra creación y su poder está en relación directa a nuestras concesiones temerosas. La destrucción en que unos y otros nos hemos envuelto no podrá ser frenada a menos que veamos que todos nosotros corremos el mismo riesgo, vivimos la misma alienación. La división Nosotros-Ellos es pues, un espejismo.

“La Experiencia Esquizofrénica” (capítulo quinto), nos remite a considerar bajo una nueva perspectiva este “fenómeno” conocido como esquizofrenia. Más que una enfermedad mental, Laing afirma que se trata de una etiqueta que se adjudica a ciertas personas que actúan sobre sí mismas y sobre las demás de una cierta manera en ciertas condiciones sociales. Ejemplifica: “Un niño nacido en el Reino Unido, hoy en día (1964), tiene una posibilidad diez veces mayor de entrar en un hospital psiquiátrico antes que en la universidad, y, aproximadamente un quinto de las admisiones de los hospitales mentales se diagnostican como esquizofrenia. Podemos tomar esto como una prueba de que, en lugar de educar a nuestros hijos, lo que hacemos realmente es volverlos locos. Pero quizá lo que los vuelve locos es nuestra manera de educarlos”. (pág. 92). (El subrayado es mío.)

Critica las suposiciones sobre el origen de la esquizofrenia que la ubican como tendencia hereditaria a comportarse extrañamente debido a cierto elemento genético que provoca cambios fisiológicos traducidos en conductas específicas. A cambio de esto, hace las siguientes consideraciones:

- En primer lugar se acepta que un esquizofrénico es alguien que tiene experiencias “extrañas”, se comporta de igual manera, desde nuestro punto de vista. (subrayado mío.)
- Que el diagnosticar que tal persona esté bajo un proceso patológico más que un hecho es en todo caso una hipótesis, una suposición. o una, opinión.
- Que desde el momento en que el siquiatra presume que la persona, observada es un “paciente”, puede fácilmente pensar que se encuentra ante el “hecho” de la esquizofrenia, aun antes de llegar a demostrarlo.
- De acuerdo con todo esto, la enfermedad se encuentra fuera del alcance de la persona, es simplemente un proceso que ella “padece” y que ha sido identificado externa y sesgadamente por la autoridad en salud mental: el siquiatra.

Resume sus críticas recordando la anécdota de seis ciegos y un elefante: uno palpó su cuerpo y dijo que era una pared, otro tocó su oreja y dijo ser un abanico, otro tocó una pata y dijo que era una columna, cte. De tal anécdota concluye: “El problema está en lo que se toma como muestra y el error consiste en la extrapolación imprudente”. (pág. 94). La esencia de la concepción siquiátrica de la esquizofrenia es que éste (el siquiatra) comprende lo que sucede y el paciente no; el paciente debe abandonar sus visiones “subjetivas y falsas” por las “objetivas” del siquiatra. Y el hecho es que los siquiatras se han detenido muy poco en entender la experiencia del “paciente”. Si partimos de lo que observamos, que el contexto social en su conjunto “padece” un absurdo patológico, podemos concluir con Laing que “... cuando una persona es considerada esquizofrénica, observamos que, sin excepción alguna, la experiencia y la conducta denominadas esquizofrénicas no son más que una estrategia especial inventada por la persona para poder vivir en una situación insoportable”. (pág. 101)

En el sexto capítulo, “Experiencia Trascendental”, Laing hace una comparación entre las experiencias trascendentales que en ocasiones tienen lugar en las psicosis, con las experiencias divinas que por lo menos, originalmente son el fundamento de las religiones. La diferencia entre un estado místico y un estado demente son difíciles de especificar. Lo que las asemeja es básicamente el que la persona que las vive se ve introducida en ese “mundo interno” al que tan poco nos hemos dedicado a conocer que incluso dudamos de su existencia.

“Un Viaje de Diez Días”, último capítulo, relata la experiencia de un escultor que vivió una “crisis sicótica” de diez días, es decir, un viaje hacia “el espacio y el tiempo internos”. De dicha experiencia Laing interpreta que en primer lugar es difícil afirmar que tal “viaje” sea en sí mismo patológico; que el “tratamiento curativo” (reclusión, electroshocks, cte.) lo único que logra es impedir que se verifique la secuencia completa de la experiencia, en síntesis, se pregunta “¿... este viaje no es lo que necesitamos curar, sino que es en sí mismo un método para remediar nuestro terrible estado de alienación que llamamos normalidad?”. (pág. 145)

Al final de los capítulos, Laing nos ofrece lo que se puede considerar un escrito poético de la catástrofe y la belleza que esconde, o que sin saberlo nos hemos empeñado en ocultar. Se titula “El ave del Paraíso”, uno de sus últimos fragmentos reza como sigue:

“He visto el Ave del Paraíso, ella ha extendido sus alas delante de mí y ya no volveré a ser el mismo de antes. No hay nada que temer. Nada.

Exactamente.

La vida que estoy intentando comprender es el yo que está intentando comprenderla”. (pág. 165)

¿Qué podemos agregar?: nuestra educación “normal” conlleva a la destrucción de nuestra experiencia, o por lo menos, a su restricción; necesitamos reapropiarnos de ella y descubrir su valor para un sano aprendizaje de nosotros y del mundo. “¿Normalidad” y “Anormalidad”?, ¿Quién define? Siguiendo al autor: “El criterio de ‘fuera de la formación’, es el criterio cínico positivista”. (La normalidad).”El criterio de ‘fuera de la ruta’ es el, ontológico’. (El camino). Parece que la formación está fuera de ruta. Para todo aquel que esta afirmación no resulte una locura, o simplemente una nimiedad, resultará interesante leer el libro reseñado.

Alicia Lozano Mascarúa.